

# **SOR ANA**

Ana era una chica redonda, menuda, alegre, y bonita de cara. Su mirada transmitía júbilo y ternura a partes iguales. De ojos grandes y saltones, pestañas extremadamente largas, labios regordetes y llenos de carne rosada, su aspecto era de una inmejorable lozanía, como un oso Panda recién llegado al zoo. Pero Ana era coja, irremediablemente coja. Una extraña enfermedad le había dejado la pierna derecha cinco centímetros más corta que la izquierda, lo que era motivo de risas en el colegio de niñas por su modo torpe de caminar y blanco de burlas desagradables de los niños en el humilde barrio donde vivía. ¡Huevo con patas!, le gritaban. Esta humillación le hacía no salir a la calle. Encerrada en casa a la vuelta del colegio, aprovechaba el tiempo con el estudio y el rezo diario con Dios, y por supuesto ayudaba a sus padres y hermanos pequeños en las labores del hogar.

A los 16, Ana sintió en lo más profundo de su alma la llamada del Señor y decidió hacerse monja, convertirse en novia de Jesús. Abriría el corazón al mundo, asistiría enfermos, a desfavorecidos como ella, y entregaría su vida a Dios. Los padres, a pesar de tener que sufrir la temprana separación de su querida hija primogénita vieron con buenos ojos la determinación con la que Ana tomó el camino de la devoción; sabían que el mundo, aquel mundo de 1969, era muy pobre, muy peligroso, muy tentador y muy inhumano para las mujeres, y más si tenían evidentes defectos físicos como Ana. Además, tras ella, ocho vástagos más esperaban. Una boca menos que alimentar era una buena opción.

Tras los meses de postulación y los tres años de noviciado encerrada en el convento, Ana fue puesta a prueba, volviendo a pisar lo que el señor obispo llamaba “la tierra del pecado”. La destinaron al antiguo colegio donde había estudiado. La obligación era: obedecer en todo lo que fuera menester a las hermanas del centro, adquirir experiencia de trabajo en un marco de vida ordinaria y humilde, y sobre todo, servir a Dios. Pero la ilusión, su querida meta, era ser enviada algún día de misión a África o América Latina .

Aquel esplendido día del mes de Abril de 1973, el colegio organizó una excursión a un bosque cercano. Ana saltaba y chillaba en un claro junto al resto de niñas y hermanas, tropezando continuamente por su cojera y soportando las burlas bobaliconas de las alumnas. ¡Ya se les pasará!, se decía a sí misma.

Tras dos horas de juegos y exhausta por el ejercicio, pidió permiso a la hermana Teresa para dar un pequeño paseo y subir por el sendero que corría junto a un pequeño río. Quería buscar un sitio donde orinar tranquila, alejada de las miradas socarronas de las chicas. Además, aquellos días de primavera el río se encontraba en su nivel máximo de furia, ruido, y aguas espumosas a pesar del ajustado cauce y aprovecharía para coger flores y colocarlas después a los pies de La Santísima Virgen Inmaculada.

—¡No te alejes mucho! ¿Quieres que te acompañe Sor Ángela?

—No hace falta, hermana. Voy y vengo enseguida.

Enfiló el estrecho camino con alegría. Los árboles frondosos apenas permitían el paso de los rayos de sol. A pesar del dolor en la vejiga y la prohibición de separarse del grupo, decidió avanzar río arriba y curiosear más. Cruzó un pequeño e inseguro puente de madera, vadeó el río a pie en un par de ocasiones estando a punto de resbalar por las piedras cubiertas de musgo. Eso y su cojera le hacían el camino difícil. Pero Ana, mujer decidida y valiente, había sufrido más humillaciones de niños y vecinos, y estaba segura que su deformidad era un regalo del Señor para ser más fuerte y alcanzar la gracia de Dios. ¡Más sufrió Nuestro Señor Jesucristo en la cruz!, asentía cándida.

Llegó a un lugar donde el río se ensanchaba dejando al descubierto una magnífica poza en forma de avellana y con aguas cristalinas. Una cascada de tres metros de altura arrojaba implacable litros de agua sobre una piscina natural haciendo que el energético impacto de la tromba generase un ruido ensordecedor y mucha humedad. El aire era un vuelo de infinitas gotas de agua esparcidas por todas partes. Podía verlas bailar de manera elegante al entrar y salir de las tiras verticales que formaban los rayos de sol.

Hinchó su voluminoso pecho ante tanta belleza y abrió la boca alzando los brazos en cruz. Dejó que las refrescantes gotas fluyeran y se derramaran por su cara, su lengua, sus labios. Se relamió la boca y saboreó con dulzura el continuo chorro líquido que inundaba su rostro. Respiró profundamente dispuesta a emocionarse y a inspirar todo el aliento y energía que la rodeaba. Comenzó a dar vueltas sobre sí misma. Por su cabeza y oído pasaron el impetuoso golpeteo del agua corriente, el fuerte viento que hacía crujir las ramas de algunos árboles, el energético piar de unos pájaros que andaban peleándose por unas orugas recién cazadas. Sentía que el vigor de la naturaleza la colmaba de fuerzas y advertía la presencia de Dios en cada uno de los sonidos que invadía aquel lugar. Tanta belleza, tanta vitalidad debe ser lo más parecido al cielo en la tierra que podré encontrar jamás, dijo para sus adentros.

Mareada de tanto giro, fue a refugiarse al pie de un gran árbol para no acabar empapada de agua y poder orinar a gusto antes de tomar el camino de vuelta. Los reproches de Sor Teresa estaban esperando.

Tras terminar el pis, se quedó mirando al cielo mientras un rayo de sol le secaba cariñosamente el rostro. Escuchó un pequeño grito que la asustó. Volvió la cabeza a la poza. Entre las ramas de un árbol, observó como un joven flotaba en el agua recién salido de una buceada. Tenía el pelo largo y la barba deshilachada. De vez en cuando lanzaba aullidos de alegría. Atemorizada, corrió a esconderse tras dos grandes piedras desde donde contemplar a hurtadillas a aquel joven que nadaba tranquilamente de un lado a otro de la poza o se acercaba a la cascada para dejarse golpear por los borbotones de agua. Examinó embelesada su rostro: le pareció bellísimo, exquisito, tremadamente atractivo. ¡Es un ángel, es un ángel!

El joven se zambulló de nuevo en el agua para bucear. Ana se asustó. Pudo ver cómo las nalgas, desnudas, aparecían y desparecían del agua. Se acordó de los culitos de sus hermanos pequeños, de la suavidad y ternura que le provocaba el contacto del cuerpo de un bebé. Pero esto era diferente, eran las blancas nalgas de un adulto y era la primera vez que las veía. Ana sintió un creciente hormigueo en la tripa y cómo bajaba a la entrepierna. Era una sensación nueva y agradable con la que no contaba, aunque había oído hablar de ella gracias a las compañeras de convento. Apartó la vista y se echó a llorar. Lo que estaba ocurriendo, lo que estaba viviendo era sucio y feo. Sabía que ese cosquilleo era una puerta abierta al pecado, no podía dejarse vencer por la tentación, tenía que salir inmediatamente de allí y solicitar confesión al señor cura. Pero la imagen del rostro y el cuerpo del joven volvió a su cabeza, esa sutil agilidad masculina nadando y buceando a escasos metros envolvían sus pensamientos. Era la primera vez cerca de un varón desnudo y tenía ganas de huir. Pero también de quedarse y mirar, ¿por qué no? Un rato más, un ratito más, se decía. Las facciones de aquel chico le recordaban a alguien, transmitían una gran paz natural, una enorme serenidad y a la vez una extraña turbación. ¿Estará Dios poniéndome a prueba?, pensó. ¿Será esto una tentación como la que Jesús, Nuestro Señor, sintió en el desierto? ¿Jesús? ¡Sí! ¡Claro! Este joven me recuerda a Nuestro Señor Jesucristo. Es la viva imagen de Él.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Tú que todo lo sabes, Tú que todo lo ves, ¿por qué me tientas de esta manera? —dijo en voz alta mirando directamente el rayo de sol que caía sobre su rostro—. ¿Será esto el encuentro con Jesús en el que tanto empeño pone la Madre Superiora?

Bajó, lenta, la mano por el vientre, cerro los ojos y suspiró. Sin darse cuenta, comenzó a frotarse la entrepierna, a sentir un dulce placer mientras recordaba la imagen del joven en el agua. Se giró de nuevo para curiosear tras las piedras. Buscó al joven que en ese instante acababa de salir del agua y se dirigía hacia un árbol donde tenía puesta la ropa y una toalla. Sus nalgas eran dos mitades perfectas, dos manzanas tersas, suaves y musculosas sin vello, delicados desniveles por donde resbalaban graciosas las gotas de agua lamiendo y abrillantando la pureza de su piel. Ana cerró los ojos. Su deseo era tan fuerte que los volvía a abrir. Fue desplazándose torpemente hacia su derecha para observar aquella maravilla de cuerpo. No lograba comprender qué había de pecaminoso en la contemplación de una figura tan brillante, tan hermosa, tan bien esculpida. Quiso pensar que aquel joven era Jesucristo secándose delicadamente los brazos, la espalda, las piernas y los pies mientras silbaba alegre una bonita melodía. El joven se giró despreocupado y dejó su sexo al aire libre. ¡Enfrente de Ana! Quedó petrificada y sin respiración. La cabeza le quiso explotar. No podía apartar la mirada del pene, su primera mirada a un pene adulto. Era muy largo, flexible y hermoso, rodeado por una buena mata de pelo rizado. El prepucio resplandecía libre con la luz del sol. ¡Cuánta belleza! ¡Qué delicia de piel!, suspiró Ana. El joven, comenzó a secar con brío los pelos de la cabeza mientras el pene y los testículos se movían graciosamente de un lado a otro. ¡Cuánto encanto en ese trozo de carne bailarín! Sonrió azorada y se inclinó hacia delante para disfrutar más de cerca la piel rosada del prepucio, las dos bolas que se balanceaban adelante y atrás. Tragó saliva y mordió sin delicadeza su labio inferior. La mano derecha rebuscó y apretó inconsciente la vagina. Estaba especialmente húmeda. Pensó que le gustaría acercarse al joven, coger suavemente los testículos y jugar con el miembro: pesarlo, acariciarlo, besarlo, meterlo en la boca y chupar.

Cautiva de esos terribles pensamientos impuros y de la implacable excitación que la poseía, continuó escorando el cuerpo y sin darse cuenta, introdujo la pierna más corta en una pequeña zanja. Trastabillo y cayó al suelo torciéndose el tobillo. Dio un terrible grito de dolor que alertó al joven. Este se tapó instintivamente y corrió a vestirse rápido con calzoncillos y pantalón.

Tirada en el suelo y retorciéndose de dolor no vio como el muchacho se había acercado a ella.

—Perdona ¿Te has hecho daño? ¿Qué ha pasado? ¿Has gritado tú?

Ana alzó tímidamente la cabeza y contempló boquiabierta al joven plantado frente a ella. Vestía unos pantalones vaqueros acampanados y roídos a la altura de las rodillas. Mostraba unos espléndidos abdominales y un pecho libre de pelo, al igual que

las nalgas. Subió la vista hasta el rostro y ruborizada creyó ver la viva imagen de Jesucristo. Cabello largo, barba oscura, pureza en la mirada y las dos manos vueltas hacia ella con la intención de ayudar. Otro rayo de sol sobre iluminó la cara del joven y Ana pudo observar como, de sus profundos y reveladores ojos verde claro, asomó un destello de bondad infinita que le llenó el alma, le hizo descubrir esa gran Luz de la que tanto le habían hablado. ¡Por fin!

—Ojalá conociera el don de DIOS... soy yo quien os ha elegido... dispuesta a dejarlo todo y a vivir la llamada... sin saber adónde me conducirá el amor...

Estas y otras frases, sin nexo alguno, eran murmuradas por Ana en voz baja, incapaz de seguir las preguntas que el joven le hacía. Este, sorprendido por el discurso extraño y el temblor del cuerpo de Ana, se colocó de rodillas y observó el tobillo de la pierna más corta hinchado por el tropiezo. Plantó las manos sobre las pantorrillas y fue subiendo con cuidado hasta la rodilla en busca de una posible dislocación. Ana sintió un espasmo eléctrico que le subió del muslo interior para topar bruscamente con la vagina. Soltó un vahído y se desmayó.

.....

Despertó con los gritos desesperados de Sor Teresa y las alumnas que andaban en su busca. Fue ayudada a regresar al autobús y más tarde al colegio, donde le hicieron una pequeña cura del tobillo.

A última hora de la tarde, Ana acudió a confesión.

—¡Padre, he visto a Jesús, lo he amado, lo he deseado!

—Hija mía, eso no es pecado. Es una revelación. La verdadera vocación ha nacido en ti. Estás preparada para ser la novia de Jesús.

—Pero Padre, le he deseado con todas mis fuerzas, con más de las que me podía imaginar. Ha sido tan grande mi amor que estaría dispuesta a cualquier cosa con tal de estar a su lado. Es tal la belleza que he visto en su mirada, en su manera de andar, en sus manos, en su espalda, en su hermoso cuerpo. ¡Cuánta perfección! ¡Qué atractivo!

—Hija mía, ¿qué tonterías estás diciendo? Jesús se presenta como un resplandor que inunda el corazón, como una predilección amorosa que percibes. No es tangible.

—Lo sé, Padre. Sin embargo, le he visto, me he encontrado con él cara a cara. Lo he tocado, lo he sentido. ¡Me ha tocado!

—¡Basta de sandeces, hermana! Rece tres Avemarías y tres Padres Nuestros. Esta noche quedará de rodillas frente al altar meditando y orando por sus necias

palabras. ¡Toda la noche! Y no olvide el cilicio. Va a necesitar más tiempo de noviciado. Hablaré con sus superioras para que la envíen de vuelta al convento.

.....

Cinco meses más tarde Ana fue expulsada de la Congregación Religiosa. Tiempo después, regaló a sus avergonzados y preocupados padres un nieto al que llamó Jesús.

JB-2009